

Vicaría de Evangelización
Plan de Evangelización

PLAN **E** **NUEVO**
Ritmo 

Juntos para evangelizar

**Por la ruta discernida,
sigamos caminando unidos,
para ser sal y luz**



ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ

Vicaría de Evangelización
Plan de Evangelización

Documento No. 8

EL NUEVO RITMO

Juntos para evangelizar

2019-2022

**Por la ruta discernida,
sigamos caminando unidos,
para ser sal y luz**



ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ

BIBLIOGRAFÍA

- ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ. (2013). Documento Plan de Evangelización. Documento No. 4 del Plan E.
- ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ. (2014). El Paradigma de evangelización de la arquidiócesis de Bogotá. Documento No. 5 del Plan E.
- BENEDICTO XVI. (2007). Carta encíclica Spe Salvi.
- CONCILIO VATICANO II. (1965). Constitución pastoral Gaudium et Spes (GS).
- EPISCOPADO LATINOAMERICANO. (2007). Documento de Aparecida (DA). V Conferencia General.
- FRANCISCO. (2013). Exhortación apostólica Evangelii Gaudium (EG).
- FRANCISCO. (2017) Francisco: Visita apostólica a Colombia. Homilias y discursos.
- JUAN PABLO II. (2001). Carta Apostólica Novo Millennio Ineunte (NMI).
- PABLO VI. (1975). Exhortación apostólica Evangelii Nuntiandi (EN).

© Arquidiócesis de Bogotá. Vicaría Episcopal de Evangelización, 2020.

PLAN DE EVANGELIZACIÓN
EL NUEVO RITMO. JUNTOS PARA EVANGELIZAR.

Texto:

Vicaría Episcopal de Evangelización.
Arquidiócesis de Bogotá.

Fotografías:

Archivo de la Arquidiócesis de Bogotá.

Diseño y diagramación:

Juan Carlos Ramos Hendez
www.voxstudio.org

Impresión:

ISPA. Instituto San Pablo Apóstol
www.ispaeducación.edu.co

© Todos los derechos reservados.

PLAN **NUEVO**
Ritmo 

Juntos para evangelizar

Mensaje del Sr. Cardenal 7

Una nueva etapa del camino 14

Por la ruta discernida 20

Dios Padre sigue haciendo camino con nosotros por medio de su Hijo Jesucristo 20

Una espiritualidad misionera: Enviados por el Padre tras los pasos de Jesús 22

Continuar asumiendo el proceso evangelizador en el que estamos empeñados 24

CONTINIDO



Sigamos caminando unidos 30

Jesucristo nos congrega en la unidad y en el amor 30

Espiritualidad de comunión y diocesana 31

Caminar juntos en comunión y participación 33

Para ser sal y luz 40

El Espíritu Santo nos impulsa hacia la plenitud del Reino 40

Espiritualidad encarnada y samaritana 42

Hacernos compañeros para ser fermento del Reino en la ciudad región 44

Arquidiócesis
comunidad
Evangelización
misionera
Espiritualidad
significa
encuentro
transformación
discernimiento
comunidad
paradigma
evangelizador
evangelizadora
miembros
siempre
caminar
corazón
social
particular
fuerza
acción
debe
nuestro
mundo
manera
todos
papa
unidad
nivel
evangelización
implica
personal

Francisco
proyectos
ciudad
comunion
nuevo
amor
personas
ritmo
Reino
Señor
Cristo
Jesus
historia
mas
nuestro
camino
mundo
manera
todos
papa
unidad
nivel
evangelización
implica
personal



Cardenal Rubén Salazar Gómez
Arzobispo de Bogotá

Hace ya más de seis años comenzamos la implementación de nuestro Plan de Evangelización. Durante un prolongado proceso de discernimiento, el Señor nos descubrió el rostro de la Iglesia y el paradigma evangelizador que debíamos asumir, para responder a la misión en el contexto actual de nuestra ciudad región de Bogotá.

La declaración del Señor: “Ustedes son la sal de la tierra y la luz del mundo”, condensa las llamadas que el Señor nos hizo. La Iglesia no vive para sí, existe para transformar con la luz y la fuerza del evangelio el mundo en que vivimos. Pero no podremos ser sal y luz si Cristo no nos ilumina y no nos comunica su sabiduría. Sólo en Él somos sal y luz. Como lo anotaba ya Orígenes, la Iglesia refleja como una luna la luz que proviene del sol que es Cristo.

Para poder ser iluminados y transformados por Cristo, necesitamos renovar continuamente la gracia del encuentro personal con Él, como único Señor y Salvador; adherirnos a Él; escuchar y acoger su voz que nos llama a la conversión; asumir en nuestra vida personal y eclesial el proyecto del Reino; vivir, entonces, según las bienaventuranzas. La dinámica de la primera etapa -siempre vigente- fue en el fondo un apremiante llamado a fortalecer la adhesión de fe al Señor Jesucristo, y revitalizar, como fruto del encuentro renovado con Cristo, la mística misionera de nuestra Iglesia.

El dinamismo de la segunda etapa, el *Nuevo Rumbo*, nos ha venido orientando hacia la efectiva transformación misionera de la Arquidiócesis. En concordancia profunda con el magisterio pastoral del papa Francisco, nos estamos adentrando en una nueva etapa evangelizadora de la vida de la Iglesia arquidiocesana, marcada por la alegría del encuentro renovado con Cristo. Esta transformación misionera de la Arquidiócesis ha sido jalonada por una serie de proyectos que tocan los aspectos vitales y las etapas fundamentales de la obra evangelizadora de la Iglesia: el primer anuncio, la

iniciación cristiana, la formación permanente de los discípulos misioneros, la evangelización de la familia y de los jóvenes, el fortalecimiento de la dimensión social de la evangelización. Podríamos decir que, si en la primera etapa le apostamos, ante todo, a un cambio de mentalidad, en esta segunda quisimos perfeccionar nuestra manera de obrar como evangelizadores en el mundo de hoy.

Hemos avanzado de manera sinodal, haciendo camino juntos; sintonizándonos en torno a un estilo evangelizador, a unos propósitos comunes y a unos proyectos evangelizadores, cuyo fruto estamos percibiendo. Sin embargo, queda mucho trecho por recorrer. El caminar no ha estado exento de dificultades, pero con los aprendizajes que hemos hecho y las experiencias misioneras que hemos vivido, podemos ahora adentrarnos en la tercera etapa: el *Nuevo Ritmo*.

El nombre de esta tercera etapa implica mayor vivacidad en la marcha tras los pasos de Jesús, el primer evangelizador; mayor sentido de comunión y de pertenencia a la Arquidiócesis; sintonía más fuerte y constante con el caminar de la ciudad región, en orden al anuncio de Jesucristo y a su transformación social. Debemos tomar todavía más el ritmo al caminar evangelizador de Jesús; caminar juntos, acompasándonos mejor y lograr que nuestros pasos converjan con las búsquedas y anhelos de nuestra ciudad región.

La actitud fundamental con la que quisiera nos adentremos en esta nueva etapa es la esperanza. Es el Señor quien guía a su Iglesia; la obra evangelizadora del Señor prosigue su curso hacia la plenitud del Reino. Al mismo tiempo, la tarea de cada uno de los bautizados, por sencilla que parezca, es única e indispensable en la realización del plan de Dios. La Arquidiócesis no puede dejar pasar de largo este kairós preciso en el que nos encontramos y ninguno de los miembros de nuestra Iglesia puede quedarse al margen de la empresa evangelizadora a la cual el Señor nos convoca.

Iniciamos esta etapa en medio de un tiempo en el que los sistemas socio-económicos que han dominado la historia contemporánea -el socialismo colectivista y el capitalismo salvaje- están en crisis y parecieran arrastrar en su caída las instituciones. Vivimos tiempos de turbulencia social en Colombia, en América Latina y en el mundo entero. No podemos dejarnos llevar por la lógica del miedo y la desesperanza. También el momento actual es kairós, oportunidad para revisar nuestro estilo y nuestra praxis evangelizadora, para imprimirle a nuestro compromiso misionero nuevo ritmo y para contribuir de manera más decidida en las transformaciones ur-

gentes que la sociedad requiere. La dimensión social de la evangelización será uno de los acentos fundamentales del *Nuevo Ritmo*.

Tenemos para ofrecer el inmenso potencial social del Evangelio, no siempre bien conocido, para avanzar hacia aquello que quedó plasmado en el ideal que nos une y compromete: un mundo más fraterno, más justo y que cuida de la creación.

Que el Espíritu del Señor nos impulse en esta nueva etapa que emprendemos, le imprima nuevo ritmo a la vida de la Arquidiócesis y nos conceda la gracia de dejarnos sorprender y transformar por la novedad inagotable que hace brotar en la historia del mundo y de la Iglesia.



Cardenal Rubén Salazar Gómez
Arzobispo de Bogotá, Primado de Colombia
Enero de 2020

TERCERA ETAPA

UN NUEVO RITMO

DIC 2019 - DIC 2022

Meta: los miembros del Pueblo de Dios, integrados en nuevos espacios comunitarios y en los diversos escenarios de la sociedad plural, viven la comunión y participación, con una clara conciencia diocesana, y ejercen su compromiso evangelizador de manera inculturada y con espíritu misionero, logrando generar una nueva presencia de la Iglesia en la región capital.

La Palabra de Dios que nos ilumina

“Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de vanagloria; se trata más bien de un deber que me incumbe. ¡Ay de mí si no predico el Evangelio! Si lo hiciera por propia iniciativa, ciertamente tendría derecho a una recompensa; y si lo hiciera forzado, al fin y al cabo es una misión que se me ha confiado. Ahora bien, mi recompensa consiste en predicar el Evangelio gratuitamente, renunciando al derecho que me confiere su proclamación.”

1 Corintios 9, 16-18.

“Movidos por un amor sincero, creceremos en todo hacia Cristo, que es la cabeza, de quien todo el cuerpo recibe trabazón y cohesión por la colaboración de los ligamentos, según la actividad propia de cada miembro, para el crecimiento y edificación en el amor.”

Efesios 4, 15-16.

“«Vosotros sois la sal de la tierra. Más si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará? Ya no sirve para nada más que para ser tirada afuera y pisoteada por los hombres. «Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada en la cima de un monte. Ni tampoco se enciende una lámpara para ponerla debajo del celemín, sino en el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa. Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.

Mateo 5, 13-16.





El papa Francisco nos ha invitado a ser una Iglesia en salida y a adentrarnos en una nueva etapa marcada por la alegría. Al entrar en nuevo ritmo queremos ser una Iglesia en salida, acompasados por la alegría de la renovación de nuestra adhesión al Señor y por el gozo de reconocernos miembros de una misma Iglesia, con una ruta trazada y con la experiencia reconfortante de haberla comenzado a recorrer juntos.

S.S Francisco saludando desde le balcón del Palacio Arzobispal junto con el Sr. Cardenal Rubén Salazar . Septiembre de 2017





Una nueva etapa del camino

1. Llegamos a la última etapa de la puesta en marcha inicial de nuestro Plan de Evangelización. Tiene un nombre sugerente: nuevo ritmo. La palabra ritmo tiene resonancias en campos diversos: la música, la poesía, el baile, la salud del corazón, incluso, se puede hablar de los ritmos de la naturaleza, como la sucesión de las noches y de los días o de las estaciones.

2. El ritmo hace referencia al movimiento marcado por el ciclo regular de acontecimientos, por ejemplo, de sonidos en la música o de pasos en la danza. Si bien es cierto, la mayoría de las músicas occidentales actuales se caracterizan por tener ritmos definidos, sin embargo, hay música, como el canto gregoriano, que no se identifica por ello.

3. Hay ritmos lentos y acelerados con los cuales nos sintonizamos mejor, de acuerdo con nuestros estados de ánimo. El ritmo es decisivo para que una interpretación musical realizada por varios instrumentos se escuche bien. No basta con que los instrumentos estén afinados; es necesario que sigan los compases que marca el director y así cada uno interviene en el momento adecuado y con el tempo (velocidad) requerido. Sin embargo, cuando coloquialmente decimos que hay que ponerle ritmo a alguna cosa, queremos decir que es necesario imprimirle mayor entusiasmo y celeridad.

4. En cuanto al ritmo del corazón, este tiene que ver con la secuencia de sus latidos; si son vigorosos, entonces, se repetirán sin mayores alteraciones, mientras que si hay debilidad o fallas serán agitados por momentos y sin regularidad.

5. A la luz de estas imágenes, entrar en la tercera y última etapa de la puesta en marcha de nuestro Plan de Evangelización significa:

Avivar la marcha evangelizadora de nuestra Iglesia, ponernos de manera más decidida y vigorosa tras los pasos

de Jesucristo, el evangelizador por excelencia. Él fue un itinerante infatigable. Al ritmo de la voluntad del Padre y de la compasión con todos los que sufrían y eran marginados, siempre estaba en camino. Incluso, cuando se dirigía a Jerusalén, aceleró el paso para consumir su servicio en favor de la humanidad. “Endureció el rostro”, dice el Evangelio, cuando sus amigos pretendían disuadirlo de proseguir la marcha hacia su entrega definitiva (Lc. 9, 51).

6. El gran giro y el nuevo rumbo nos han puesto en el camino querido por Dios; el nuevo paradigma nos ha señalado los dinamismos que impulsan nuestro caminar; la experiencia vivida durante estos años nos ha ayudado a identificar los obstáculos y a enfrentarlos mejor; los proyectos que hemos comenzado a implementar nos han permitido responder más adecuadamente a los desafíos que se nos plantean. Todo está dado para que apuremos el paso. Queremos ser más concordes con el palpitar del corazón del Señor y con la energía de su caminar. El Espíritu Santo seguirá insuflando con su aliento las velas de la nave de nuestra Iglesia arquidiocesana para que avance por el nuevo rumbo que el mismo Señor nos ha indicado, con más brío y precisión en el norte de nuestra navegación misionera.

7. El papa Francisco nos ha invitado a ser una Iglesia en salida y a adentrarnos en una nueva etapa marcada por la alegría. Al entrar en nuevo ritmo queremos ser una Iglesia en salida, acompasados por la alegría de la renovación de nuestra adhesión al Señor y por el gozo de reconocernos miembros de una misma Iglesia, con una ruta trazada y con la experiencia reconfortante de haberla comenzado a recorrer juntos. Se trata ahora de consolidar, de avanzar por la ruta discernida con más fuerza y confianza.

8. No olvidemos lo dicho por el papa Francisco: “Por consiguiente, un evangelizador no debería tener permanentemente cara de funeral. Recobremos y acrecentemos el fervor, la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas [...] Y ojalá el mundo actual —que busca a veces con angustia, a veces

“ Al entrar en nuevo ritmo queremos ser una Iglesia en salida, acompasados por la alegría de la renovación de nuestra adhesión al Señor y por el gozo de reconocernos miembros de una misma Iglesia.

con esperanza— pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo”¹.

9. En segundo lugar, el nuevo ritmo hace referencia a la comunión que nos debe animar, al hecho de caminar juntos y acompasados para ser más fieles y dar más fruto en la tarea que el Señor nos encomienda. Es necesario que en esta nueva etapa cada cual aporte con mayor generosidad lo suyo y lo haga de manera armónica con los demás. No podemos obrar de manera aislada, cada uno por su lado. El ritmo común nos ayudará a sostenernos mutuamente en la marcha, como cuando un equipo atado por cuerdas asciende a una montaña. Sin embargo, el nuevo ritmo no significa uniformidad. Como quedó consignado en el número 13 del documento de la XV Asamblea general ordinaria del episcopado “la armonía, que es un don del Espíritu Santo, no elimina las diferencias, sino que las concilia generando una riqueza sinfónica”.

10. Finalmente, como la Iglesia no existe para sí, sino al servicio del mundo y de su necesidad de salvación, el nuevo ritmo significa también sintonizarnos mejor con la ciudad para imprimirle ritmo de Reino, vibrar con sus búsquedas y aspiraciones, con sus dramas y frustraciones, con los trabajos que desde diferentes ámbitos se realizan en pro de una ciudad más justa, solidaria y cuidadosa del medio ambiente. Esta sintonía supone la capacidad de estar presentes, especialmente allí donde los ritmos de la vida de la ciudad se definen y se ponen en marcha para anunciar a Jesucristo de manera inculturada, es decir, de manera significativa para los hombres y mujeres de nuestra ciudad región y para contribuir a su construcción social.

11. La meta del nuevo ritmo aparece formulada así en el Plan E: “Los miembros del Pueblo de Dios, integrados en nuevos espacios comunitarios y en los diversos escenarios

1. EG 10.

de la sociedad plural, viven la comunión y participación, con una clara conciencia diocesana, y ejercen su compromiso evangelizador de manera inculturada y con espíritu misionero, logrando generar una nueva presencia de la Iglesia en la región capital". Además de esta meta, quisimos también incorporar en la formulación del nuevo ritmo los resultados del balance de la segunda etapa. El nuevo ritmo quedó, entonces, definido por tres acentos que expondremos siguiendo el mismo esquema: primero, un hecho teológico; en segundo lugar, una espiritualidad que se deriva de este hecho y, finalmente, algunas orientaciones de carácter teológico-pastoral.



Misión

**“Kerigma en el Bulevar ¡Tú me importas!”.
Centro Comercial Bulevar Niza.
Mes misionero extraordinario, 2019**

n





Por la ruta discernida

Dios Padre sigue haciendo camino con nosotros por medio de su Hijo Jesucristo

12. Como lo indicara el papa Francisco en su visita a Colombia, Jesús es “el primer paso de Dios”, aquel que nos invita a salir con confianza porque llevamos la garantía del amor emanado del primer paso de Dios, una brújula que no nos permite perdernos². El Dios de nuestra fe es un Dios que hace camino con su pueblo, un Dios que nunca nos abandona y siempre guía nuestro caminar.

13. La oración por la evangelización en la arquidiócesis de Bogotá dice: “Te damos gracias porque por medio de tu Hijo Jesucristo, sigues haciendo camino con nosotros”. Esta certeza ha inspirado constantemente nuestra acción de gracias y ha acompañado todo el proceso de elaboración y de puesta en marcha del Plan de Evangelización.

14. A la luz de esta convicción, sabemos que el Señor nos ha ido ayudando a descubrir su querer para que nuestra Iglesia de Bogotá responda hoy a su misión, siendo fiel a Él y al ser humano de nuestro tiempo y de nuestra ciudad región. Dios Padre nos ha ido señalando la ruta por la que estamos llamados a caminar para ser la Iglesia que Él quiere y nuestra ciudad región necesita, de tal manera que podamos anunciar de manera creíble la Buena Nueva de su Hijo Jesucristo y contribuir a la construcción de una sociedad más misericordiosa y, por consiguiente, más humana.

15. El Señor Arzobispo, en la carta de presentación del Plan de Evangelización, nos decía: “Como Pueblo de Dios que peregrina en esta región capital de Bogotá, y dóciles al Espíritu Santo, hemos recorrido un camino de discerni-

2. Cf. FRANCISCO. *Francisco: Visita apostólica a Colombia. Homilias y discursos*, 2017, p. 31.

miento evangélico que nos ha ayudado a tomar conciencia juntos de la voluntad del Señor para con su Iglesia en las actuales circunstancias y a expresarla en un nuevo Plan de Evangelización”³.

16. Dios nos ha mostrado con claridad la necesidad de renovar nuestra condición de discípulos misioneros y de ser una Iglesia en salida, dedicada totalmente a la tarea de la evangelización. Nos ha revelado que la anhelada transformación de la Arquidiócesis consiste en su renovación misionera, que se manifiesta en todas las etapas y acciones del proceso evangelizador. Hemos acogido la exhortación que se nos hiciera ya desde Aparecida a una firme decisión misionera que impregne todas las estructuras eclesiales y todos los planes pastorales⁴, invitación que el papa Francisco ratificó en *Evangelii Gaudium* al plantear su sueño de la opción por la misión como principio de transformación de toda la vida de la Iglesia⁵.

17. Nos identificamos con lo expresado por los obispos en Aparecida: “Conocer a Jesús es el mejor regalo que puede recibir cualquier persona; haberlo encontrado nosotros es lo mejor que nos ha ocurrido en la vida y darlo a conocer con nuestra palabra y obras es nuestro gozo”⁶.

18. El Plan de Evangelización, fruto del discernimiento comunitario, nos abrió la senda para iniciar el proceso de renovación misionera de la Arquidiócesis: nos llevó a establecer el horizonte hacia el cual nos dirigimos, el ideal que nos une y compromete; nos permitió diseñar el paradigma de la evangelización con sus apuestas teológicas y metodológicas, fijarnos unos objetivos comunes, establecer unos criterios y unas líneas de acción, para orientarnos hacia el ideal; a su vez, de estas líneas de acción derivaron

“ El Dios de nuestra fe es un Dios que hace camino con su pueblo, un Dios que nunca nos abandona y siempre guía nuestro caminar.

3. ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ, *Documento Plan de Evangelización. Documento No. 4 del Plan*, 2013, p. 7.

4. *Aparecida* 365.

5. Cf. *EG* 27.

6. *Aparecida* 29.

una serie de proyectos fundamentales, cuya implementación inicial coincidió con la segunda etapa del proceso de puesta en marcha del Plan.

19. Este nuevo Plan coincidió con el inicio del pontificado del papa Francisco y estuvo en consonancia con su propuesta de adentrarnos en una nueva etapa misionera de la Iglesia marcada por la alegría. La sintonía entre los llamamientos del Papa y el nuevo paradigma de evangelización nos confortó en el camino.

Una espiritualidad misionera: Enviados por el Padre tras los pasos de Jesús

20. La espiritualidad misionera consiste en reconocernos permanentemente enviados por el Padre, como Jesús, a comunicar la Buena Noticia y en asociarnos profundamente al corazón del Señor en su pasión por el anuncio y la instauración del Reinado del amor de Dios.

21. Esta espiritualidad brota de la auténtica adhesión a la persona de Jesucristo. Todo verdadero discípulo de Jesucristo es misionero. Quien es animado por una espiritualidad misionera, entiende que su relación con Dios pasa por el compromiso con su obra en el mundo; entiende y vive que no hay unión posible con Dios Padre, sino

en sintonía con su querer salvador y en actitud de docilidad al Espíritu que nos urge a la misión.

22. En *Evangelii Gaudium*, el papa Francisco nos advirtió acerca del peligro que significa para muchos agentes pastorales, incluso en personas consagradas, una preocupación exacerbada por los espacios personales de autonomía y de distensión, que lleva a vivir las tareas misioneras como un mero apéndice de la vida, como si no fueran parte de la propia identidad. Asimismo, denunció que, en ocasiones, la vida espiritual se confunde con algunos momentos religiosos que brindan cierto alivio, pero que no alimentan el encuentro con los demás, el compromiso en el mundo, la pasión evangelizadora⁷.

23. Para nosotros, miembros de la Arquidiócesis de Bogotá, la espiritualidad misionera significa también acoger con fe y gratitud el camino recorrido por nuestra Iglesia en los últimos años y reconocer en el Plan de Evangelización el camino que Dios quiere que recorramos para impulsarnos en la realización de la tarea misionera que nos confía. Es necesario que avivemos nuestra fe, de tal manera que leamos la presencia de Dios en el caminar de nuestra Iglesia arquidiocesana, especialmente durante los últimos años, en un recorrido

⁷. Cf. EG 78.

que aunque no ha estado exento de dificultades nos ha interpelado acerca de la tarea esencial que el Señor nos ha confiado como Iglesia, nos ha aunado en torno al proceso de transformación misionera de la Arquidiócesis, nos ha permitido hablar un lenguaje común y ha comenzado a producir frutos de conversión personal, comunitaria y misionera.

24. Podríamos, entonces, escuchar, como dirigida a nosotros, la interpelación que Dios le hiciera a su Pueblo: “No recordéis lo de antaño, no penséis en lo antiguo; mirad que realizo algo nuevo; ya está brotando, ¿no lo notáis? Abriré un camino por el desierto, corrientes en el yermo” (Is. 43,21), interpelación que resonó entre nosotros durante la preparación para la visita del papa Francisco, cuyo mensaje no podemos olvidar.

25. La apropiación del empeño de transformación misionera al que el Señor nos llama y su hoja de ruta, el Plan de Evangelización, han de ser el resultado de la conversión personal y comunitaria. Únicamente, desde el encuentro renovado con el Señor Jesucristo se avivará en nosotros el ardor evangelizador y solo con los ojos de la fe apreciaremos el Plan de Evangelización, no como un simple diseño estratégico, sino como voluntad de Dios para el hoy de nuestra Iglesia, como llamado suyo a trabajar

juntos y a apoyarnos mutuamente y como instrumento de respuesta a los desafíos de la evangelización en el hoy de nuestra historia.

26. En los evangelios aparece claramente que la misión es siempre fruto del encuentro personal con el Señor. “Llamó a los suyos para que estuvieran con Él y para enviarlos a predicar” (Mc 3,13). La experiencia del resucitado está en el origen del mandato misionero (Jn. 20,21) y la garantía de su presencia es el sostén continuo de la misión de los discípulos (Mt 28,20).

27. Solo si partimos desde Jesucristo, avanzaremos. No existe, como lo anotara san Juan Pablo II, “una fórmula mágica para los grandes desafíos de nuestro tiempo. No, no será una fórmula lo que nos salve, pero sí una Persona y la certeza que ella nos infunde: ¡Yo estoy con vosotros!”⁸. Es indispensable avivar esta convicción y unimos más profundamente a Jesucristo, pues con Él nuestra vida se convierte en kerigma viviente y el ardor por la misión se enciende. En Él tenemos siempre el programa básico de la evangelización que se centra en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria de comunión y transformar en él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste⁹.

8. *NMI*, 29.

9. *Cf. NMI*, 29.

28. La salida misionera, a la que urgentemente nos convoca el papa Francisco, consiste en salir con Jesús y hacer nuestros los verbos que el Verbo de Dios conjugó en su divina misión: “Salir para encontrar, sin pasar de largo, reclinarsse sin desidia, tocar sin miedo”¹⁰. Si no salimos con Él, caemos en la dispersión, en el vacío, en el desaliento, la misión pierde su fuerza y el rostro de Jesús se opaca. De ahí que la oración es la actividad más improrrogable de nuestra misión pastoral¹¹.

Continuar asumiendo el proceso evangelizador en el que estamos empeñados

Diversas actitudes y situaciones frente al Plan E

29. Reconocemos que la recepción del Plan arquidiocesano de Evangelización ha sido variada. Hay quienes lo han asumido decididamente y están contribuyendo creativamente a su implementación; hay quienes no han tenido la oportunidad de conocerlo; hay quienes mantienen respecto del Plan una actitud un tanto escéptica; hay quienes tienen la percepción de que el Plan está constituido por una serie de acciones no suficientemente articuladas que sobrecargan la agenda, ya bastante colmada, de las parroquias; hay comunidades en las que por diversas razones, como carencia de medios o por su muy reciente constitución, resulta difícil implementar de manera simultánea el conjunto de los proyectos. En cualquier caso, todos somos conscientes de la necesidad de un horizonte común para nuestro trabajo evangelizador y de la necesidad de trabajar de manera orgánica y conjunta en torno a un ideal y a unos objetivos.

“ todos
somos
conscientes
de la
necesidad de
un horizonte
común para
nuestro
trabajo
evangelizador
y de la
necesidad
de trabajar
de manera
orgánica y
conjunta en
torno a un
ideal y a unos
objetivos.

10. FRANCISCO. *Francisco: Visita apostólica a Colombia. Homilias y discursos*, 2017, p. 49.

11. Cf. *Ibíd.*, p. 48.

Nueva difusión y apropiación del Plan misionero de la Arquidiócesis

30. En razón de lo anterior, será decisivo al inicio de esta tercera etapa que el propósito evangelizador de la Arquidiócesis, así como sus lineamientos esenciales y sus proyectos fundamentales sean comprendidos y asumidos más profundamente por todos los animadores de la evangelización, particularmente por los ministros ordenados y por los miembros de los EPEM, encargados de impulsar, junto con su párroco, la evangelización misionera en la parroquia.

31. De igual manera, se hace necesaria una nueva difusión del Plan de Evangelización que le permita a los fieles en general e incluso al conjunto de la ciudadanía estar al corriente de las opciones mayores que está tomando la Arquidiócesis para propiciar su renovación y su incidencia en la ciudad región.

32. Hay que crear mecanismos de acompañamiento para que las comunidades que, por una u otra razón, pudieran estar rezagadas, avancen y no se sientan marginadas del proceso.

33. La necesidad de una nueva difusión y apropiación del Plan de Evangelización hace ver la urgencia de proseguir el perfeccionamiento de la comunicación interna y externa de nuestra Arquidiócesis y de nuestras comunidades parroquiales y demás espacios eclesiales.

Las etapas del Plan como aspectos de la conversión personal y misionera

34. Ahora, iniciamos la tercera etapa de nuestro Plan de Evangelización. Al comenzarla, somos conscientes de que las etapas anteriores no están cerradas y de que las metas que en ellas nos planteamos no han sido alcanzadas en su totalidad. Las etapas no son primariamente lapsos de tiempo, sino aspectos de la conversión personal y misionera que debíamos emprender. Por lo tanto, sus marcos cronológicos finales no son fechas de expiración.

35. El **Gran Giro** es la invitación permanente al cambio de mentalidad y a la renovación del espíritu misionero de to-

dos los miembros de la Arquidiócesis, a la luz del ideal que nos une y compromete y del paradigma arquidiocesano de evangelización.

36. El **Nuevo Rumbo** es la transformación misionera de la Arquidiócesis, a partir de la implementación de los proyectos arquidiocesanos: una nueva manera de hacer y, al servicio de la misma, una nueva configuración de la estructura arquidiocesana, determinadas por el deseo de una evangelización que responda a los desafíos que la ciudad región le plantea a la tarea evangelizadora de la Iglesia y por el deseo de potenciar como sujeto de la evangelización a la Arquidiócesis, con sus diferentes organismos de comunión y participación.

37. El **Nuevo Ritmo** consiste en caminar juntos de manera más acompañada y en sintonía más profunda con la ciudad para incidir en ella con la fuerza transformadora del Reino. Se trata, en el fondo, de una etapa de consolidación y agilización del proceso iniciado. El nuevo trayecto que emprendemos no puede, por lo tanto, dejar de lado el trabajo ya emprendido en estos primeros seis años. Más bien, se trata de caminar ahora sobre estos dos pies, sobre estas dos maneras de ser: una nueva mentalidad y una nueva manera de obrar, con nuevo ardor, nuevos métodos y nuevos lenguajes.

Los proyectos fundamentales

38. El nuevo rumbo ha estado marcado por diez proyectos llamados fundamentales por su importancia neurálgica dentro del proceso evangelizador de la Arquidiócesis y porque, en razón de lo anterior, su implementación tiene un carácter prioritario. Estos proyectos hay que proseguirlos en los diferentes programas y acciones que contemplan y en los diferentes escenarios que involucran: acciones a nivel de toda la Arquidiócesis, acciones a nivel vicarial, arciprestal y parroquial. Son proyectos de ejecución continuada, que es indispensable realizar y revisar permanentemente. No son proyectos que se añadan al ritmo habitual o a la actividad cotidiana de las comunidades, sino mediaciones y ayudas que permiten renovar aquello

“Comulgamos con el Papa en la certeza de que los jóvenes pueden contribuir de manera creativa a la renovación de la Iglesia y a la transformación de la sociedad.”

que constituye el quehacer más propio de nuestras comunidades parroquiales y de otros espacios eclesiales.

39. Además de los diez proyectos fundamentales, hay cuatro que son de vital importancia porque tienen como interlocutores a niños y a los jóvenes que son, según lo ha repetido el Papa, no solo el futuro, sino el presente de la Iglesia. Se trata de los proyectos de evangelización de la niñez, de evangelización del mundo educativo, de evangelización en el mundo universitario y de la investigación y del proyecto de evangelización de los jóvenes, Puente J. Comulgamos con el Papa en la certeza de que los jóvenes pueden contribuir de manera creativa a la renovación de la Iglesia y a la transformación de la sociedad. Junto a estos proyectos está la creación de la Oficina para el Buen Trato, instancia para dinamizar la cultura del buen trato a los menores de edad y personas vulnerables y para la atención de presuntos casos de violencia sexual que se conozcan en la arquidiócesis de Bogotá.

40. Reconocemos que los nueve años previstos para la implementación inicial del Plan E se ubican en la historia evangelizadora, más de cuatro veces centenaria de nuestra Iglesia, y se proyectan hacia una misión nunca terminada y siempre perfectible. Somos responsables, en el hoy de nuestra Arquidiócesis, de una parte del camino que Dios sigue haciendo con nosotros. No lo podemos hacer todo, pero aquello que el Señor nos ha mostrado como fruto del discernimiento hemos de hacerlo con toda el alma, para agradar a Dios y para servir a la causa del Reino en nuestra ciudad región.

41. Entramos en la tercera etapa de la puesta en marcha inicial del Plan de Evangelización. Ello significa que el desarrollo del Plan debe continuar y que en los años venideros debemos continuar aproximándonos al ideal que nos une y compromete, profundizando en los dinamismos que hemos asumido, en el seguimiento de las líneas que nos hemos trazado, en la implementación de los programas fundamentales y en el diseño de otros, siempre en actitud de escucha atenta y creyente de la realidad, atentos a los signos de los tiempos.

Unic



**Asamblea Arquidiocesana en
Movistar Arena, 2018**

dos





Sigamos caminando unidos

Jesucristo nos congrega en la unidad y en el amor

42. Jesús confió la tarea de prolongar su misión a la comunidad de sus discípulos. El inicio de su ministerio estuvo marcado por el llamamiento a ellos y, en muy buena medida, su tarea consistió en formarlos en el seno de una comunidad a la que enviará, primero durante su vida terrena y, luego, resucitado, a enseñar y a realizar en su nombre los signos del advenimiento del Reinado de Dios.

43. En la oración sacerdotal de Jesús, llama la atención la recurrencia de la súplica por la unidad de sus discípulos y de aquellos que por medio de estos lleguen a la fe (Cf. Jn. 17,21). La unidad de los discípulos es condición de credibilidad de la misión que Él les confía. Si la Buena Noticia que ha de ser proclamada es el amor misericordioso de Dios, como fuerza transformadora del mundo y de la historia, dicha tarea solo puede ser adecuadamente cumplida por una comunidad que por sus vínculos y por su manera de obrar sea signo de lo que el amor de Dios puede obrar en los corazones, en las relaciones humanas y en las estructuras sociales.

44. La Iglesia es un misterio de comunión en tensión misionera. Es misterio porque es fruto de la iniciativa y de la presencia en ella de las personas divinas; es un misterio de comunión porque su naturaleza más íntima radica en ser un reflejo vivo de la comunidad de amor existente entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; pero existe en tensión misionera, existe para evangelizar y solo en la medida en que realiza su dimensión mística y comunional puede hacerlo de manera eficaz y creíble. Somos, en último término, testigos del Amor, y este Amor que anunciamos debe ser visible y atrayente para los hombres y mujeres de nuestro tiempo en la comunidad cristiana. El "Venid y lo veréis" del

inicio del evangelio de san Juan, debe conducir hoy a la comunidad cristiana que es prolongación en la historia de la persona y de la obra salvadora del Señor.

45. La comunidad cristiana no es una aglomeración de individuos, sino una comunidad de amor, cuyos vínculos son obra del Espíritu Santo y es un organismo vivo en el que Cristo es la cabeza y cada uno de sus integrantes, miembros de un único cuerpo, deben actuar en favor de la edificación común y de la realización de la tarea que el Señor les ha confiado.

46. La única Iglesia de Cristo se hace presente y actúa en las Iglesias locales, a quienes el Señor confía la tarea de la evangelización en diferentes contextos marcados por el tiempo, la geografía y las culturas humanas. A estas Iglesias corresponde diseñar los elementos concretos de los programas que permitan que el único y siempre vigente programa de la Iglesia se realice, un único programa que proviene del Evangelio y de la tradición, centrado en Cristo mismo.

47. Este programa evangelizador inculturado es, a la vez, signo e instrumento de comunión. Permite que los miembros de la Iglesia particular en su diversidad carismática y, de acuerdo con su estado de vida, así como los diversos organismos de su estructura evangelizadora, se sintonicen en torno a los mismos propósitos y puedan apoyarse mutuamente en los diversos servicios evangelizadores.

48. El Plan E nos recuerda que el sujeto de la evangelización es la Iglesia particular y no los individuos o las comunidades de manera aislada. La sinergia de propósitos y de fuerzas contribuye ciertamente al fruto de la misión de la Iglesia.

Espiritualidad de comunión y diocesana

49. Las estructuras de comunión exigen como condición imprescindible para su realización la vivencia de una espiritualidad de comunión. Esta sigue siendo un desafío para nuestra Iglesia en medio de un mundo tan profundamente marcado por el individualismo. Como lo indicara

“ El Plan E nos recuerda que el sujeto de la evangelización es la Iglesia particular y no los individuos o las comunidades de manera aislada.

san Juan Pablo II en *Novo Millennio Ineunte*, “espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón, sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado. Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como ‘uno que me pertenece’, para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad. Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un ‘don para mí’, además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente. En fin, espiritualidad de la comunión es saber ‘dar espacio’ al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. Ga 6,2) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos asechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias”¹².

50. El papa Francisco nos recomendó “especialmente”, en su exhortación programática, “un testimonio de comunión fraterna

que se vuelva atractivo y resplandeciente. Que todos puedan admirar cómo os cuidáis unos a otros, cómo os dais aliento mutuamente y cómo os acompañáis” y nos puso en guardia “¡Atención a la tentación de la envidia! ¡Estamos en la misma barca y vamos hacia el mismo puerto! Pidamos la gracia de alegrarnos con los frutos ajenos, que son de todos”¹³.

51. Los ministros ordenados adquieren un justo estilo pastoral cultivando recíprocas relaciones fraternas y participando del camino pastoral de su Iglesia diocesana, de sus encuentros, de sus proyectos e iniciativas, que se traducen operativamente en líneas pastorales. Una Iglesia diocesana tiene un rostro, unos ritmos y unas ocasiones concretas. El camino pastoral de la comunidad local tiene como punto de referencia imprescindible en el plan pastoral de la diócesis, el cual debe anteponerse a los programas de las asociaciones, de los movimientos y de cualquier grupo particular. Y esta unidad pastoral en torno al obispo hará la unidad en la Iglesia.

52. Si esto se dice de los presbíteros y del significado de su incardinación, podríamos decir análogamente que para todos los fieles la pertenencia a una Iglesia particular

¹². NMI 43

¹³. EG 99.

es fuente de espiritualidad, es decir, de una manera concreta de vivir la relación con Cristo y de asumir el compromiso misionero, determinado por el contexto de la tarea evangelizadora, por las llamadas concretas que Dios hace a la comunidad local y por la vivencia de la fraternidad misionera en torno al obispo. Nuestra vinculación a la arquidiócesis de Bogotá, más que una realidad simplemente jurídica, debe dar forma a nuestra manera concreta de vivir el Evangelio.

Caminar juntos en comunión y participación

Comunión y participación

53. En la meta del nuevo ritmo se plantea que los miembros del Pueblo de Dios viven la comunión y la participación con una clara conciencia diocesana de cara a su compromiso evangelizador. La comunión implica que cada uno de los miembros de la Iglesia particular se sienta efectiva y afectivamente vinculado a los demás, viva en función del crecimiento de todo el cuerpo eclesial y, habiendo reconocido su lugar en la Iglesia y los carismas que posee, los ponga al servicio de los demás.

54. La comunión implica también reconocer, con ojos de fe, la misión que desempeñan los ministros or-

denados, obispos, presbíteros y diáconos, en orden a la realización de la comunión. La comunión supone identificar al Arzobispo como el principio visible de la comunión en la Iglesia particular, así como la disposición habitual para acoger con sentido de fe su enseñanza y sus orientaciones para la vida de la Iglesia.

55. La participación significa que los miembros de la Iglesia ofrecen su concurso efectivo al discernimiento del querer de Dios para la Iglesia particular y para las comunidades que la constituyen. Esta colaboración debe manifestarse también en la realización de las tareas que a cada uno le corresponden desde su condición bautismal y su estado de vida en la Iglesia: laicos, consagrados o ministros ordenados. Esto supone que todos los miembros de la Iglesia son conscientes de su responsabilidad en la misión evangelizadora de la Iglesia y que nadie en la Iglesia se sienta simplemente receptor pasivo de las iniciativas y del trabajo de otros.

Conciencia diocesana

56. Es posible que a los fieles les cueste trabajo identificarse con su Iglesia particular o tener respecto de ella un claro sentido de pertenencia. Esto, por diversos motivos: porque la mayor parte de su vida eclesial transcurre en el ámbito de sus parroquias y capellanías, por la

proximidad de la parroquia a sus entornos de vida, por el riesgo de que las parroquias se aislen de las demás comunidades, por el hecho de que sobre el territorio de la ciudad existan diversas jurisdicciones eclesiásticas, o por deficiencias catequéticas.

57. Indudablemente, el proceso de la elaboración del Plan y de su implementación nos ha ayudado a crecer en conciencia diocesana; la participación en las asambleas arquidiocesanas nos ha permitido experimentar que más allá de nuestras comunidades parroquiales y demás espacios eclesiales, las vicarías episcopales territoriales, los arciprestazgos y las capellanías pertenecemos a una única Iglesia que es la Arquidiócesis, y en ella a la única Iglesia de Cristo.

58. La conciencia diocesana implica sabernos herederos de una tradición espiritual más de cuatro veces centenaria, gracias a la cual la fe ha llegado hasta nosotros y que nos ha transmitido una cierta forma de acoger y vivir la fe con múltiples valores y, al mismo tiempo, no exenta de limitaciones y carencias.

59. La conciencia diocesana nos permite también acoger las orientaciones arzobispales como una senda para crecer en la comunión y la participación y para cumplir de manera pertinente e inculturada la tarea evangelizadora. Así mismo,

nos ayuda a realizar juntos ciertas tareas que por su complejidad desbordan las posibilidades de una comunidad parroquial, de una capellanía o incluso de una vicaría episcopal territorial.

60. La Iglesia particular es también el ámbito de inserción eclesial para los movimientos laicales y comunidades de consagrados. Si bien es cierto, los miembros de las comunidades religiosas y comunidades laicales deben acercarse a las parroquias y colaborar en ellas, estos y sus asociaciones guardan la autonomía que les es propia y extienden, por definición, su labor más allá de los confines de las parroquias. Por ello, al Arzobispo y a la Iglesia particular corresponde acompañarlos y propiciar su inserción en el dinamismo misionero de la Arquidiócesis.

61. Es necesario fortalecer la conciencia diocesana en todos los miembros del Pueblo de Dios, de laicos, consagrados y ministros ordenados. Así mismo, es necesario propiciar una nueva difusión del Plan entre los movimientos y las comunidades religiosas, presentes en nuestra Iglesia particular.

62. El imperativo de actuar como Iglesia diocesana se refuerza por el contexto de nuestra ciudad región que reclama, además de la visibilidad de las comunidades locales, una visibilidad de alcance urbano,

que haga sentir la presencia de la Iglesia católica en medio de la ciudad como un actor social manifiesto y cohesionado en los debates públicos y en la construcción social de Bogotá y del país.

Sinodalidad

63. El nuevo ritmo implica ahondar en la sinodalidad. Los planes de evangelización no son rutas irreformables, sino sendas abiertas por el Espíritu de Dios. Aunque el Plan actual fue el resultado de un discernimiento arquidiocesano y, a su vez, dicho discernimiento fruto de un prolongado proceso de consulta, debe ser continuamente revisado y adaptado.

64. La sinodalidad consiste en que todos los miembros del Pueblo de Dios aportan al discernimiento y a la realización de la tarea eclesial. Se trata, como su nombre lo indica, de hacer camino juntos, lo cual no significa desconocer el carácter orgánico de la Iglesia en la que hay diversidad de servicios y de carismas para la edificación común.

65. La sinodalidad implica una voluntad permanente de escucha, en primer lugar, de la Palabra de Dios y de todo el Pueblo de Dios, con los obispos como garantes de la fidelidad a la tradición apostólica. Esta manera de ser Iglesia implica renovada confianza en el sentido de la fe de los fieles y en la

unción del Espíritu Santo en todo el santo pueblo fiel de Dios.

66. La sinodalidad ha de vivirse en lo cotidiano, en todo lo que acontece a diario en la vida de la Iglesia, pero tiene dos momentos singularmente intensos en la vida de una Iglesia particular: cuando el pastor de la Iglesia particular convoca un sínodo y, luego, cuando los diferentes organismos arquidiocesanos y parroquiales o de otros espacios eclesiales discernen lo más conveniente para la marcha de la tarea evangelizadora.

67. En la Arquidiócesis, de acuerdo con el documento de la estructura evangelizadora, los organismos están ubicados en niveles que tienen ciertas funciones especializadas, pero todos debemos colaborar de manera integral en la obra evangelizadora. Así, en todos los niveles ha de darse el discernimiento como una actitud permanente.

68. Según la estructura evangelizadora de la Arquidiócesis, corresponde al arzobispo la promoción y garantía de la comunión; al nivel estratégico, la formulación de los planes y programas globales; al nivel consultivo misional, la asesoría al Arzobispo en la toma de las decisiones; al nivel táctico, el diseño de los instrumentos que permitan la operativización concreta de las directrices arzobispaes y del Plan en cada una de las vicarías episco-

pales territoriales, al nivel de coordinación y articulación, propiciar el trabajo conjunto de las comunidades y animadores que se encuentran en situación de proximidad geográfica, y al nivel de realización, la ejecución concreta de la tarea evangelizadora. El documento de la estructura evangelizadora de la Arquidiócesis puede ser un instrumento valioso para fomentar la sinodalidad y para la transformación misionera de nuestra Iglesia.

69. En todos los organismos diocesanos es indispensable fomentar la sinodalidad. Particular trabajo habrá que dedicar al fortalecimiento de todos los organismos que son expresión privilegiada de la sinodalidad en la Arquidiócesis. Así pues, en el nivel consultivo misional, al Consejo Episcopal, al Consejo Presbiteral y al Colegio de Consultores; en el nivel estratégico, al equipo permanente de la Vicaría de Evangelización, al Observatorio Arquidiocesano de Evangelización, a la Dirección Arquidiocesana de Comunicaciones y a los centros estratégicos; en el nivel táctico, al consejo vicarial y al equipo vicarial de evangelización, en el nivel de coordinación y articulación, al arceprestazgo y en el nivel de realización, a los EPEM y los COPAE.

70. En todos estos niveles se precisa de un discernimiento continuo no solo para realizar adecuadamente la tarea propia, sino para alimentar la necesaria comunicación y el mutuo aporte de todos los niveles al funcionamiento de la estructura evangelizadora de la Arquidiócesis, así como para contribuir a los discernimientos más globales.

71. Este discernimiento supone la formación en la lectura creyente de la realidad y en las metodologías para el discernimiento comunitario. Así mismo, implica el perfeccionamiento de la comunicación en la Arquidiócesis, pues la información oportuna y clara es un soporte indispensable para que todos puedan aportar de manera fructuosa al proceso. En esta línea será también decisivo darle mayor capacidad operativa al Observatorio Arquidiocesano de Evangelización y propiciar la difusión y el aprovechamiento de sus trabajos.

“ El nuevo ritmo implica que caminemos y trabajemos unidos y de manera articulada

72. En el título de la tercera etapa hace referencia a la concurrencia coordinada de personas, espacios de comunión y procesos evangelizadores. El término ritmo implica justamente eso: que una serie de sonidos, si se trata de una melodía o de pasos, si se trata de una danza, confluyan de manera periódica y coordinada. Lo opuesto al ritmo se da cuando en una conjunción de voces, de instrumentos o de pasos cada uno va por su lado.

73. El nuevo ritmo implica que caminemos y trabajemos unidos y de manera articulada, es decir, de tal modo que el horizonte común y las opciones compartidas nos permitan realizar mejor la labor evangelizadora, mediante la sinergia y el aporte de cada uno al conjunto de la acción.



“PREA - Programa de Recolección de Excedentes Agrícolas ”. San Antonio del Tequendama, Banco Arquidiocesano de Alimentos de Bogotá, 2018



BAJO CEYLAN PREA
GRACIAS
BANCO DE ALIMENTOS

S
A
I
U
Z
&



Para ser sal y luz

El Espíritu Santo nos impulsa hacia la plenitud del Reino

74. La visión cristiana del mundo y de la historia es profundamente dinámica y abre la mente y el corazón a la esperanza y al compromiso por la transformación del mundo. El Espíritu de Dios inhabita en la Iglesia y en los corazones de los fieles, pero está presente y actúa en toda la creación y en todo ser humano. Dios va conduciendo la historia de la humanidad hacia su consumación, cuando Cristo entregue al Padre el reino universal (Cf. 1 Cor. 15, 24-28), el reino de la vida, de la verdad, de la justicia y del amor.

75. Esta acción se da no solo en el corazón de los creyentes o en nuestras iniciativas y proyectos eclesiales, se da en todo ser humano y en la historia de las sociedades. De ahí, la importancia de leer e interpretar los signos de los tiempos, de descubrir lo que Dios quiere y está obrando en la historia, para que la Iglesia secunde mejor su querer y pueda contribuir, en actitud de diálogo, a la construcción de una ciudad más conforme con el querer de Dios.

76. El Reino de Dios que Cristo ha inaugurado y cuya plenitud aguardamos no consiste simplemente en un ordenamiento de las relaciones humanas o en la instauración de un determinado modelo socio económico, sino en la comunión con las personas divinas en Cristo y en la unidad que deriva de la presencia del Espíritu de Dios en todos. Este destino último de la humanidad solamente puede ser conocido en la persona de Jesucristo y acogido conscientemente por la fe y por la vinculación sacramental a la comunidad eclesial.

77. Esta visión cristiana de la historia, animada por la confianza y la acción del Espíritu de Dios, debe hacer frente a tres escollos:

Por una parte, el escepticismo radical frente a las posibilidades de la historia. Hay quienes en nuestros días han hablado incluso del final de la historia en el sentido de desconfiar radicalmente de todo esfuerzo colectivo que converja en un ideal común de sociedad, como si estos esfuerzos estuviesen inevitablemente determinados en su intención por un afán de dominación y en su realización por la violencia.

78. Entre nosotros, los avatares de nuestro devenir social y político pueden suscitar también un cierto pesimismo frente a las posibilidades de cambio en nuestro país y en nuestra ciudad. El creyente sabe, en cambio, que a pesar de las dificultades y del individualismo, siempre renaciente en los corazones humanos, Dios no cesa de actuar y que su Reinado de amor crece hacia su consumación. Por ello, trabaja sin descanso y sin amargura, pues sabe que la promesa de Dios no falla y, con actitud contemplativa, va descubriendo cómo la semilla del Reino va fructificando.

79. A veces, ese pesimismo afecta también a los creyentes. Se trata de una visión que pareciera percibir en el mundo de hoy y en nuestra ciudad únicamente señales de pecado, de destrucción y de desgracia. Detrás de esta actitud se esconde una cierta nostalgia por un pasado idealizado y un cierto miedo frente al presente y al futuro que, en lugar de propiciar el compromiso con la transformación del mundo, nos acantonan en un espiritualismo desencarnado y en una actitud defensiva y de repliegue intraeclesial. “Los males de nuestro mundo —y los de la Iglesia— no deberían ser excusas para reducir nuestra entrega y nuestro fervor. Mirémoslos como desafíos para crecer”¹⁴.

80. Otro escollo, para la interacción social de la Iglesia, tendría que ver con la dificultad para aceptar que, en el concierto de la sociedad pluralista, la Iglesia es un actor social más, cuya voz debe entrar en el juego del debate democrático. Ya no estamos en un régimen de cristiandad y la laicidad ha llegado para quedarse. En este contexto,

14. EG 84.

la actitud debe ser dialogante, propositiva y, a la vez, profética. No podemos dejar de denunciar lo que atenta contra la dignidad de la persona humana y no podemos ausentarnos de los debates sociales, ni dejar de proponer los contenidos de la doctrina social de la Iglesia como caminos para avanzar en la resolución de los problemas humanos y sociales.

81. El creyente, desde su fe y esperanza, sabe que otro mundo es posible, un mundo más inspirado en la dignidad de la persona humana, en los valores del Reino, enseñados y vividos por Jesús en el Evangelio y reflexionados y sistematizados por la doctrina social de la Iglesia.

82. Como lo señalara el papa Benedicto XVI en la encíclica *Spe Salvi*, la salvación significa que “se nos ha dado la esperanza, una esperanza fiable, gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente: el presente, aunque sea un presente fatigoso, se puede vivir y aceptar si lleva hacia una meta, si podemos estar seguros de esta meta y si esta meta es tan grande que justifique el esfuerzo del camino”¹⁵. Los desafíos para el presente de nuestra tarea son inmensos, tanto a nivel eclesial como social, las dificultades innumerables, pero nos ani-

ma una esperanza cierta: la última palabra sobre la historia del mundo será el triunfo del amor y de la vida. Y, por lo tanto, nada de lo que hagamos por Cristo se perderá. La esperanza cristiana se apoya en los brotes y anticipos en la historia de la plenitud que aguardamos como culminación de la misma. Por ello, es necesario abrir los ojos para ver el despuntar de la cosecha definitiva, en los progresos, con frecuencia modestos y sencillos que, sin embargo, presagian la victoria del amor.

Espiritualidad encarnada y samaritana

83. La relación auténtica con el Dios de Jesucristo no puede relegarnos en un intimismo desencarnado. Debe, por el contrario, introducirnos en la dinámica encarnatoria del amor de Dios, de Dios que no se desentiende nunca de su creación y que para salvar a la humanidad no se contenta con lanzar un salvavidas desde el exterior, sino que lo llevó a introducirse de manera personal en las vicisitudes, dramas y conflictos de la historia, por medio de su Hijo. La espiritualidad encarnada implica mirar al mundo como Dios lo mira, con amor compasivo y solidario, salir al encuentro de las personas, vivir en la cercanía verdadera de la gente,

¹⁵. BENEDICTO XVI, *Carta encíclica Spe Salvi*, 2007, 1.

hacerse presente en los escenarios donde se juega la vida de las personas y de la sociedad, ser solidarios con las víctimas de la injusticia, dejarnos interpelar por los pobres, sus dramas y sus valores, actuar desde la realidad en la que las personas viven y no simplemente a partir de fórmulas preconcebidas.

84. La espiritualidad cristiana es una espiritualidad encarnada, una espiritualidad que actualiza la relación con Dios en el compromiso por la transformación de nuestro mundo, que “toca la carne de Cristo” en las personas concretas con sus sufrimientos y en las luchas de la historia, según la expresión tan empleada por el papa Francisco; una espiritualidad que nos sintoniza profundamente con el querer salvador del Padre y con su voluntad de renovar el mundo según su designio. A los obispos colombianos, el Papa los exhortó con las siguientes palabras, que todos podemos acoger como dirigidas a nosotros: “Los invito a no tener miedo de tocar la carne herida de la propia historia y de la historia de su gente. Háganlo con humildad, sin la vana pretensión del protagonismo, y con el corazón indiviso, libre de compromisos y servilismos”¹⁶.

85. Esta manera de vivir la relación con Dios debe hacer nuestros, como dice el proemio de la consti-

tución pastoral del Vaticano II, “los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren”, pues “nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón”¹⁷.

86. Este es el sentido profundo de la Iglesia samaritana que desde el Sínodo Arquidiocesano nos sentimos llamados a ser: una Iglesia que en su relación con la humanidad, adopta una actitud de búsqueda, salida y encuentro; una Iglesia que se hace solidaria de todo lo que acontece en la humanidad, tanto de las cosas buenas que el mismo Espíritu de Dios suscita en ella, como de sus sufrimientos y angustias; una Iglesia cuyos miembros viven intensamente su propia condición humana y se sienten peregrinos de la historia y comprometidos con su transformación; una Iglesia que se compadece de la suerte y de la condición de los heridos del camino, que es hospital de campaña para ellos; una Iglesia que, siguiendo la lógica de la encarnación, hace opción preferencial por los pobres y trabaja infatigablemente por la construcción de un mundo más justo y fraterno.

16. FRANCISCO. *Francisco: Visita apostólica a Colombia. Homilias y discursos*, 2017, p. 34.

17. GS 1.

87. La espiritualidad que queremos promover enseña a reconocer y a servir a Cristo en la persona de los más necesitados, de los rezagados del progreso, de los marginados y excluidos. Pero la vivencia del amor cristiano no puede quedarse en un asistencialismo, sino que debe llevarnos a obrar de tal manera que en toda interacción con ellos seamos promotores de su dignidad y busquemos resolver las causas que producen marginación y miseria en el mundo.

“El mundo al que somos enviados, como lo afirma el paradigma arquidiocesano de evangelización, es un mundo en plena transición cultural y marcado por el pluralismo.

88. La espiritualidad encarnada y samaritana no significa en modo alguno activismo o compaginación con un horizonte puramente terrenal. Saca su fuerza del encuentro personal con el Señor en la oración y mira siempre hacia el pleno y definitivo cumplimiento de las promesas de Él. No es posible un auténtico compromiso con el mundo sin oración y contemplación, el compromiso por la transformación del mundo brota de la experiencia y es sostenido e iluminado constantemente por la meditación de la Palabra y por los sacramentos.

Hacernos compañeros para ser fermento del Reino en la ciudad región

Hacernos compañeros de camino

89. La meta del nuevo ritmo habla de cómo los miembros del Pueblo de Dios se integran en los diversos escenarios de la sociedad plural, del ejercicio del compromiso evangelizador inculturado y de la generación de una nueva presencia de la Iglesia en la ciudad capital. Este elemento de la meta nos hace pensar espontáneamente en el segundo dinamismo de nuestro paradigma evangelizador: hacernos compañeros de camino, no bastan las presencias esporádicas; no son de buen recibo en el mundo de hoy las actitudes arrogantes o proselitistas: debemos hacernos compañeros de camino de todos los que habitan en nuestra ciudad región.

90. La integración supone el dinamismo de salida del paradigma de evangelización y la cultura del encuentro. Si permanecemos en lo que el papa Francisco ha llamado la autorreferencialidad, es decir, preocupados y ocupados únicamente en resolver nuestros problemas o en una actitud de autopreservación, terminamos siendo una Iglesia enferma por el encierro y, en el

fondo, por el incumplimiento de la tarea que el Señor nos ha confiado.

91. El mundo al que somos enviados, como lo afirma el paradigma arquidiocesano de evangelización, es un mundo en plena transición cultural y marcado por el pluralismo. Lo que debe producirse, según la expresión del papa san Pablo VI en su discurso de clausura del Concilio, no es un choque, sino un encuentro, y ello implica cultivar en los miembros de la Arquidiócesis habilidades relacionales; de manera especial, la capacidad de diálogo, de respeto y de empatía. Es necesario sintonizar con aquello que nos une a los demás y no quedarnos en lo que nos separa.

92. La meta nos habla de integración en nuevos escenarios de la sociedad plural. Se hace necesario identificar esos escenarios y diseñar las estrategias para hacernos presentes e integrarnos en ellos. No se trata, entonces, de una presencia efímera, sino de verdadera integración. Esto exige de parte nuestra conocer las lógicas propias de estos nuevos escenarios.

93. Algunos ejemplos de estos nuevos escenarios son las tecnologías de la información y del mundo digital, cada vez más determinantes del mundo real, hasta el punto de la paulatina desaparición de las fronteras que los distinguían con nitidez; el escenario del espectá-

culo y los deportes; el escenario de los espacios de participación social y ciudadana, abierto especialmente desde la constitución del 91; el escenario de la preocupación ecológica y del espacio urbano; el escenario de los centros educativos, particularmente los universitarios, el escenario de la actividad política, y por lo tanto, de los debates de sociedad.

94. Esta presencia e integración en los nuevos escenarios tiene, desde la formulación del ideal, dos cometidos fundamentales que están íntimamente relacionados: por una parte, el anuncio de Jesucristo y, por otra, la contribución en la construcción de una sociedad misericordiosa, es decir, una sociedad más justa, reconciliada, solidaria y que cuida de la creación.

Para anunciar a Jesucristo y colaborar en la construcción de una ciudad misericordiosa

95. La Iglesia no puede considerar que evangeliza si deja de lado el anuncio explícito de Jesucristo como plenitud de la existencia humana y como única fuente de salvación. “La Buena Nueva proclamada por el testimonio de vida deberá ser pues, tarde o temprano, proclamada por la palabra de vida. No hay evangelización verdadera, mientras no se anuncie el nombre,

la doctrina, la vida, las promesas, el Reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios”¹⁸.

96. Debemos seguir ahondando en lo que significa la evangelización misionera como meta última del proceso de puesta en marcha del Plan de Evangelización en sus tres etapas iniciales. Nuestra evangelización en la Arquidiócesis debe asumir el paradigma *ad gentes*, debe tomar en consideración que hay muchas personas que, incluso perteneciendo a la Iglesia, no han vivido la experiencia del encuentro con Cristo o que han perdido el sentido vivo de la fe. Además, en el mundo de hoy, todos necesitamos en cierto sentido ser permanentemente reevangelizados para que no se desvirtúe nuestra condición de cristianos y para mantener vivo el ardor misionero.

97. El dinamismo de salida y la integración en los nuevos escenarios urbanos tiene como finalidad lo que plantea el tercer dinamismo del paradigma: ser fermento del Reino de Dios en la ciudad capital. En el contexto plural de la sociedad actual, ser fermento del Reino significa, para la Iglesia, ser sacramento de la unidad. La Iglesia debe, como lo dijera el papa Francisco en su visita a Colombia, “trabajar sin cansarse por construir puentes, abrir muros, integrar la diversidad, promover la cultura del encuentro

y del diálogo, educar al perdón y a la reconciliación, al sentido de la justicia, al rechazo de la violencia y al coraje de la paz”¹⁹.

La dimensión social de la evangelización

98. Un propósito fundamental del nuevo ritmo será proseguir la revitalización de la dimensión social de la evangelización. Una dimensión que es transversal a todo el quehacer eclesial y que consiste tanto en la acción caritativa por parte de la comunidad cristiana hacia los más necesitados, como en el empeño por la transformación, con la fuerza del amor de Dios, de las personas, de sus relaciones y estilos de vida y de las estructuras sociales, políticas y económicas. Se trata, entonces, de consolidar y de convocar a los que van tomando conciencia de la dimensión social de la evangelización, para que la incidencia del Evangelio en la cultura y en las relaciones sociales y económicas de la ciudad región sea más efectiva.

99. El compromiso social de nuestra Arquidiócesis pasa por la formación de un laicado capaz de hacerse presente desde su condición de cristianos en el mundo, de dar testimonio de una nueva ma-

¹⁸. EN 22.

¹⁹. FRANCISCO. *Francisco: Visita apostólica a Colombia. Homilias y discursos*, 2017, p. 50.

nera de ser y de relacionarse, y de traducir los grandes principios de la doctrina social de la Iglesia en modelos operativos aplicables en los ámbitos educativos, sociales, económicos y políticos. Mención especial, es necesario hacer, de la formación de los jóvenes que tienen vocación al servicio político y de acompañamiento para quienes ya están en el ejercicio de la actividad política. La esperanza de nuestro continente, lo decía el Papa en Bogotá a las directivas del CELAM, pasa a través de la mente, el corazón y los brazos de los laicos: "Es un imperativo superar el clericalismo que infantiliza a los fieles laicos y empobrece la identidad de los ministros ordenados"²⁰.

100. La dimensión social de la Evangelización supone, por una parte, que en la acción caritativa hacia los pobres se promueva su dignidad; y que, por otra, en el empeño por la asistencia y la lucha por la justicia no desatiendan los rostros concretos de los pobres y sufrientes o, como dijera el papa Francisco recientemente hablando de los migrantes, que ellos no se conviertan solo en cifras y la respuesta a sus necesidades solo en proyectos, de modo que se descuide la mística como fundamento de la acción social y el trato humano y caritativo como mediación funda-

mental para la dignificación de la persona humana.

101. El nuevo ritmo nos remite a la palabra del Señor que nos ha acompañado a lo largo del camino de la elaboración y la implementación del Plan de Evangelización. "Ustedes son la sal de la tierra y luz del mundo" (Mt 5,13-16), sal por la que hacemos gustar a nuestros semejantes el auténtico y pleno sabor de la existencia humana, mediante la fuerza atrayente del testimonio; sal que preserva el mundo de la corrupción y luz que descubre los valores fundamentales que nos encaminan hacia la meta para la cual la humanidad ha sido creada.

Esta declaración de Jesús se fundamenta en que Él es la luz verdadera y nosotros somos tan solo rayos que dimanan de Él, en la medida en que nos dejemos iluminar por su luz.

102. El nuevo ritmo será una ocasión propicia para ahondar en el significado de la palabra de Dios, que nos ha acompañado a lo largo de todo el camino recorrido. Una palabra con la que se concluye el discurso del monte y que sigue, por lo tanto, a las bienaventuranzas. Después de que Jesús le enseña a sus discípulos con toda claridad el programa del Reino y los valores fundamentales del estilo evangélico de vida, les manifiesta el sentido de su presencia en el mundo, de las

20. *Ibíd.*, p. 54.

exigencias que conlleva y los prepara así para afrontar el rechazo y la persecución que les acarrearán su fidelidad al Evangelio: "Ustedes son la sal de la tierra y la luz del mundo". Asimiladas en toda su riqueza, estas palabras del Señor nos guiarán en nuestra conversión personal, comunitaria y misionera y nos estimularán a proseguir el paso de una pastoral de conservación a una evangelización decididamente misionera²¹.

Conectados



Se han creado varios espacios para mantener la comunicación entre todos, por eso podemos acudir a los siguientes lugares o teléfonos:

**Curia Arquidiocesana, Oficina de la Vicaría Episcopal
de Evangelización:**

Cra. 6 # 10 - 65. Tel: 350 5511 ext. 1105

Páginas de internet:

planebogota.com

www.arquibogota.org.co

Direcciones de correos electrónicos:

sec_evangelizacion@arquibogota.org.co

evangelizacionbogota@gmail.com

²¹. ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ, *El Paradigma de evangelización de la arquidiócesis de Bogotá*. Documento No. 5 del Plan E, 2014, p. 61.

